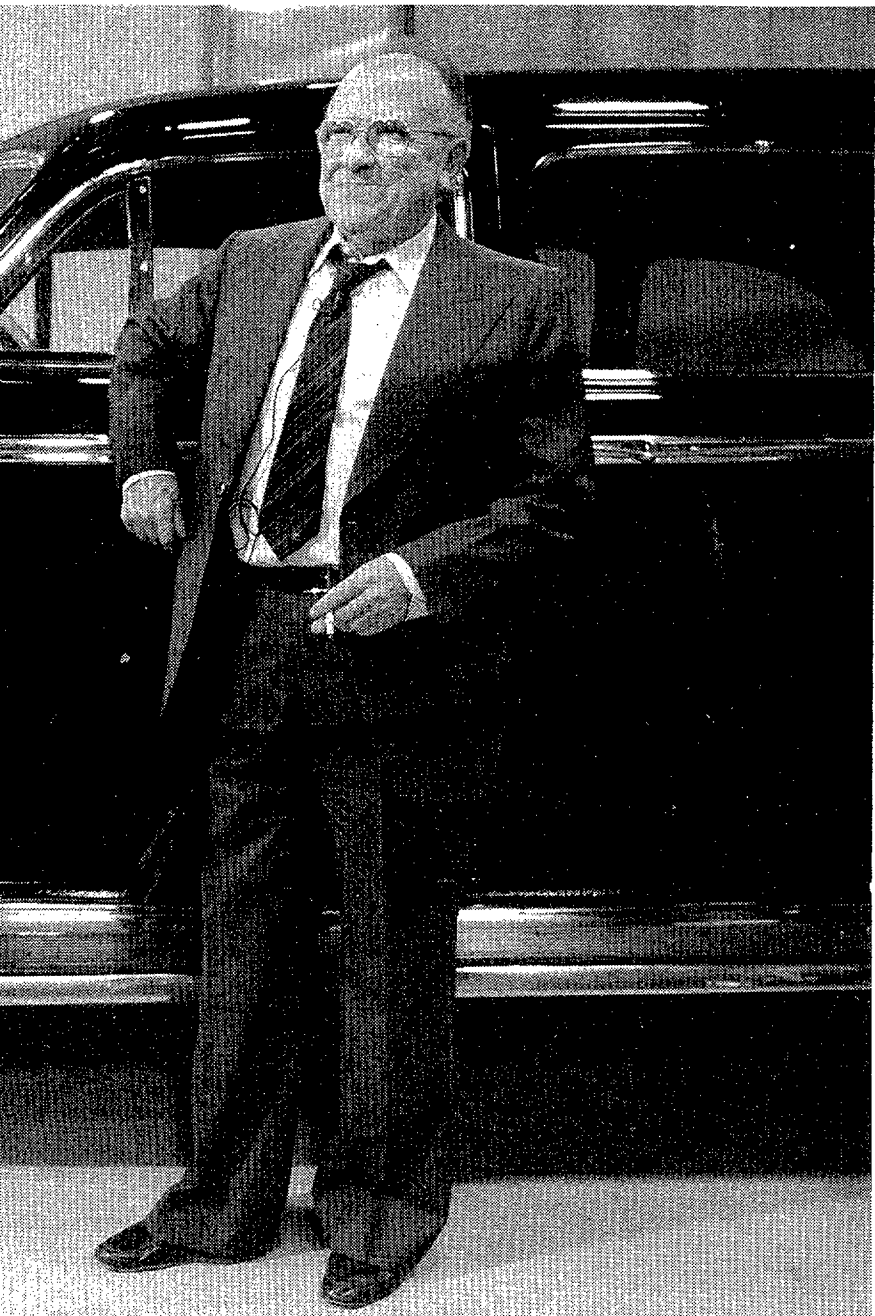




EMILIA GUTIÉRREZ



1977. El saludo de Carmen Díaz de Rivera, asesora de Suárez, un gesto antes de la legalización del PCE



1990. Distendidos y lejos ya del poder, Suárez y Carrillo durante un seminario sobre la transición



1976. El 30 de diciembre el secretario general del PCE salía de la cárcel de Carabanchel

superara hechos como los acaecidos, pues si se repetían no era probable que a él le dejaran las manos libres para sofocarlos. Les instó además a exigir responsabilidades con la máxima energía a los jefes comprometidos en la intencional golpista, pero sugiriendo que la represión tuviera un alcance limitado para que el problema no acabara siendo mayor. Suárez, que nunca había confiado en el general Armada, manifestó que se equivocó en la opinión que tenía de él pues pensaba que había permanecido leal, pero el Rey le aclaró que no, que era el jefe de la conjura. Don Juan Carlos refirió en este encuentro sus llamadas a los capitanes generales. Carrillo cuenta que el Rey les explicó cómo Milans del Bosch se hizo el remolón a las órdenes del Rey, pensando que debía ganar tiempo para ver si otras guarniciones se sumaban al golpe o cómo el capitán general de Sevilla se había acostado temprano bajo los efectos del alcohol consumido en gran cantidad; el Rey pidió que no le despertaran. Ejemplar fue la actitud del capitán general de Madrid, Guillermo Quintana Lacaci, que impidió la sublevación de la Brunete y cuyo hijo es hoy jefe de seguridad de la Casa Real. Quintana Lacaci fue asesinado más tarde por ETA. "El Rey nos contó que, hablando con un coronel jefe de un regimiento, éste le había contestado: 'Cumpliré sus órdenes, señor, pero ¿qué ocasión estamos perdiendo!'".

Una relación poco corriente

A l final de sus memorias, Carrillo se refiere a su relación con el Rey y recuerda que el propio José Luis de Vilallonga ha dado a entender que ha sido una relación poco corriente entre un monarca y un líder comunista. En su opinión esta idea es real, "entre don Juan Carlos y yo ha habido unas relaciones de respeto y consideración personal que ni él ni yo podíamos imaginar en la transición".

Pero el principio de esta relación no fue fácil. En una entrevista con Suárez el 28 de febrero de 1977 y cuando estuvieron de acuerdo en lo esencial sobre las elecciones, se habló de la monarquía. Carrillo estaba obsesionado en que no quería que el Rey lo tuteara, ya que él no podía hacerlo por dignidad real. Aclarado este punto, a los pocos días recibió una invitación para acudir a palacio con motivo del santo del Rey. Su secretaria Belén llamó a la Zarzuela para cerciorarse de que podía ir con traje oscuro. La casa civil del Rey le especificó que debía vestirse de etiqueta, así que comunicó que no iría. A los diez minutos, llegó la contraorden: no había inconveniente. Carrillo recuerda ahora en su libro sus sentimien-

Las dudas de don Juan

E n Lisboa, un grupo de personalidades políticas, el embrión de la Junta Democrática que iba a constituirse, se reunió dos veces en junio de 1974 para preparar su aparición pública. Se habló de las reticencias del PSOE y de las gestiones que Tierno Galván estaba dispuesto a llevar a cabo, de la distancia que había marcado Areilza en una entrevista con Trevijano, pero sobre todo de las relaciones con don Juan de Borbón.

La cuestión suscitó encendidas discusiones. "Los monárquicos de la junta —relata Carrillo— informaron de que las gestiones para que el exiliado de Estoril encabezase

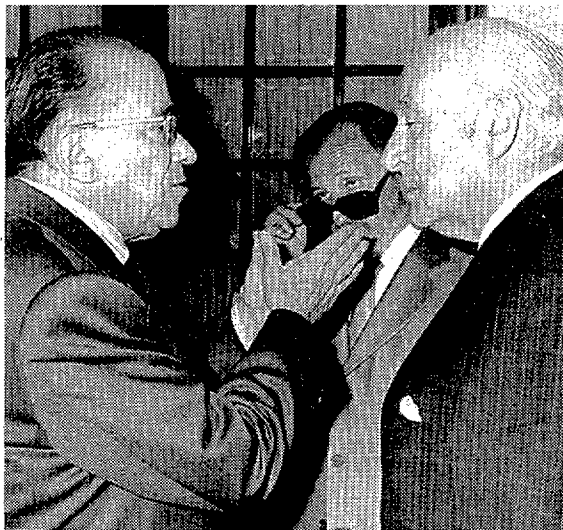
El plan elaborado por Antonio García Trevijano y Rafael Calvo Serer consistía en preparar unas declaraciones para el diario francés "Le Monde" en las que don Juan se proponería como árbitro para el cambio, con un programa que comprendía un gobierno provisional que consultaría al pueblo la forma de gobierno y que garantizaría la legalización de todos los partidos. Las declaraciones deberían publicarse el 28 de junio y serían una verdadera bomba política. Los más reticentes a la idea no eran en realidad los comunistas, sino los carlistas, en particular su líder Gonzalo Zabala, que querían la corona para Carlos Hugo. Tierno Galván, según Carrillo, llegó a proponer a Carlos Hugo como recambio si fallaban las gestiones con don Juan, idea que no prosperó y que Trevijano calificó de poco seria.

A la hora de la verdad la gestión acerca de don Juan resultó un fracaso. Se sabía además que en una entrevista celebrada en alta mar entre el conde de Barcelona y su hijo, el entonces príncipe Juan Carlos, el primero se había comprometido a no autorizar las declaraciones ya concertadas con "Le Monde".

En sus "Memorias", Santiago Carrillo resalta asimismo que "en la conversación con don Juan de Borbón, además de Trevijano, estaban presentes Joaquín Díaz Aguilar, Gabriel Navarro y Rafael Calvo Serer. Poco después de leer

y a pesar de las escasas tachaduras, don Juan declaró que no podía autorizar tales declaraciones. También hizo una sorprendente afirmación: que no estaba seguro de querer ser rey.

Después de este chasco, la Junta Democrática había llegado a la conclusión de que los esfuerzos para un acuerdo con el conde de Barcelona eran inútiles y que había que eliminar definitivamente la posibilidad de contar con él en esta etapa. Los monárquicos de la junta ya no asistieron a la cena en honor a don Juan, de la que informó en su día con su sabia pluma Luis Carandell en "Triunfo".



EUROPA PRESS / ARCHIVO

Carrillo, con Senillosa y Areilza

la oposición tropezaban con serios obstáculos. Dijeron que Satrustegui y Sáinz de Robles habían redactado un discurso ambiguo para que lo pronunciara don Juan en la fiesta de aniversario, en vez del discurso franquista que deseábamos. Calvo Serer contó que el Gobierno había enviado al 'pollo Ansón' a Estoril con una información truculenta: la existencia de una alianza de la oposición muy seria, que representaría al 60 por ciento de los españoles, y que trataba de utilizar a don Juan de Borbón no ya para destruir al régimen franquista, sino a la monarquía, ante lo que le ponían en guardia".

tos: "Yo pensaba que si me disfrazaba con un esmoquin o con un frac ya no podía volver jamás por Vallecas". "¿Cómo está usted, don Santiago?", le dijo el Rey en medio de general silencio. Al rato, le comentó por lo bajo a Joaquín Garrigues, que tiraba la ceniza descuidadamente sobre las alfombras: "Ten cuidado, porque si quemas la alfombra me echarán la culpa a mí, que soy el único rojo presente".

Narra Carrillo que el Rey siempre le "ustearía" desde entonces y que le resultó un hombre llano y sencillo, de agradable conversación e interesado en conocer opiniones suyas. En la primera entrevista el Rey llegó a aclararle que si un día su partido alcanzaba la mayoría, cumpliría su deber y le encargaría a él el Gobierno. "De todos modos, sus palabras querían decirme, más allá de su preciso sentido, que él se proponía ser un jefe de Estado constitucional, sin enfeudarse a la derecha, como le había sucedido históricamente a la monarquía. Y que consideraba al PC como un integrante más del arco constitucional."

Gran don de gentes

S in embargo, el Rey quiso tocarle la cresta delicadamente: "El Rey me habló de su estancia en España durante la dictadura de Franco; había sido una dura experiencia. Durante veinte años había tenido que hacerse el tonto y al final mucha gente había terminando creyéndose que lo era. Su idea, como la de su padre, era restaurar la monarquía no para que fuese una prolongación de la dictadura; pero eso no podía proclamarlo. Había permanecido en silencio, esperando el momento oportuno..." El Rey utilizó el adjetivo "tonto", sabedor de que Carrillo lo había empleado en alguna ocasión años atrás para referirse a él. Escribe Carrillo: "De hecho, había que ser muy listo para hacerse pasar por tonto durante tantos años. Y, en efecto, don Juan Carlos era y es muy listo. Tiene un indudable olfato para la política y un gran don de gentes".

Desde 1977 a 1982 Carrillo asistió a todas las recepciones que el monarca ofreció a jefes de Estado o de gobierno extranjeros. Asegura que hablaron de lo divino y lo humano. Carrillo piensa que esta corriente de respeto y consideración se basó en el hecho de que el monarca sabía que había rendido un servicio a la monarquía en la transición, mientras el líder comunista pensaba que el Rey había prestado un gran servicio a la democracia y al interés de los españoles. En uno de sus últimos encuentros, hace unos diez años, la reina doña Sofía le inquirió intrigada: "¿De qué hablan el Rey y usted durante tanto rato?" •